



Entrevista con **ROSA SUBILS**

Fue Profesora de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

¿Qué significa para usted el Museo Botánico?

Nunca pensé que significaría el Museo Botánico en mi vida, ni cuánto viviría a su sombra. Pensándolo bien, pasé algo más de treinta años trabajando en él, haciendo diversas tareas. Poco a poco uno va conociendo al Museo y al herbario de Lorentz y Hieronymus, y queriendo la tarea de estos alemanes pioneros de la ciencia botánica en Córdoba, que dejaron además una colección de plantas disecadas y sus libretas de campo pobladas de datos útiles, que con la llegada de Cristina Monn (que hizo una traducción de ellas), nos acercó y nos hizo valorar a esos hombres que casi hicieron de la Argentina su patria.

¿Cuáles fueron las circunstancias que la llevaron a trabajar en el Museo?

Había llegado a trabajar en el Museo sin pensarlo, y tal vez sin proponérmelo, y me encontré con diversas tareas que parecían divergentes pero que sirvieron para unir el ayer y el hoy a través de las plantas y de los muchos que se ocuparon de ellas.

Me inscribí en marzo de 1949 en la FCEFyN para cursar el Profesorado en Ciencias Naturales. Fue durante el cursado de Fanerógamas con el Dr. Hunziker que por primera vez los alumnos pudimos desvelar el misterio de los grandes paquetes que veíamos de lejos cuando cursábamos otras materias de la carrera. Nos dieron una visita guiada al herbario y al Museo, donde nos explicó cómo se procesaban las plantas para ser montadas y guardadas en la colección. Esa fue mi introducción al mundo del herbario y del Museo, sin pensar en ese momento que pronto formaría parte del personal.

Fue allá por principios de los años sesenta, que cerca de la hora de la siesta se detuvo frente a mi casa una Estanciera, de la que descendieron dos figuras conocidas para mí: el Ingeniero Hunziker y el Doctor Cocucci. Acababan de llegar de Buenos Aires con el que sería el primer

CONVERSACIONES EN EL MUSEO

vehículo del Museo Botánico. El objetivo de esa visita era invitarme a una reunión y ofrecerme un cargo de ayudante técnico de trabajos prácticos del Museo. Finalmente, esa visita fue el móvil que me llevó a comenzar a trabajar en el Museo Botánico.

¿Cuáles fueron sus mejores recuerdos de sus años en el Museo?

Todos y cada uno de los treinta años vividos allí fueron momentos importantes, todos buenos y en armonía. ¿Será que si hubo alguno tan bueno el tiempo lo ha borrado? Los buenos momentos tienen brillo propio y siempre ayudan, además de perdurar.

Durante todos esos años tuve varios cargos asociados a mis tareas en el Museo y a la docencia en la FCEFyN, habiendo llegado a profesora titular por concurso. Pero lo que más hice y disfruté fueron los viajes de recolección de ejemplares, con compañía y objetivos diversos. Por así decirlo, recorrí la Argentina a lo largo y a lo ancho, recolectando y acondicionando plantas para el herbario, y vivenciando nuestro álbum de recuerdos.

Fueron muchos los viajes que realicé, en gran parte guiados por el Ingeniero Agrónomo Hunziker, el Doctor Alfredo Cocucci, y algunas veces sola. En los viajes no solo cosechábamos ejemplares del herbario, sino también algunas vivencias como la que cuento a continuación. En uno de esos primeros viajes, que realicé con Emil Di Fulvio, nos dirigimos en Colectivo a San Juan. Llegamos a Caucete, donde me fueron a esperar mis primas, con quienes viajamos en motoneta, mientras que los bártulos los enviamos en taxi. Nos alojamos en una casa que sobrevivió al terremoto de 1977.

Una vez comenzado nuestro trabajo, revisamos Caucete y sus zonas aledañas, para dirigirnos luego a Marayes, a poco más de cien kilómetros. Nos alojamos en la única casa a la vera del camino, la cual funcionaba como almacén, hospedaje, boliche y agencia de pago. Luego del almuerzo y las averiguaciones necesarias, salimos a herborizar por arenales y jarillares por largas horas. Nos sentamos a descansar mientras acomodábamos el material, a lo cual ya estaba atardeciendo, por lo que decidimos regresar porque nos habíamos alejado bastante.

Luego de cenar, decidimos ir a dormir. O eso es lo que creíamos. La luz de la luna atravesaba algunas maderas inexistentes e iluminaba el interior del cuarto que nos servía de “dormitorio”, el cual colindaba con el bar donde mineros y parroquianos celebraban el día de cobro. Esa luz lunar nos permitió detectar ¡un ejército de vinchucas que velaba nuestro sueño!

En nuestro segundo día decidimos almorzar a la sombra de las jarillas, gracias a las viandas que nos había preparado la dueña del alojamiento. Cuando decidimos regresar ya había pasado el colectivo con dirección a San Juan, y no queríamos resignarnos a pasar otra noche con las vinchucas. Por suerte pasó un camión frutero que regresaba a San Juan y el hotelero los

CONVERSACIONES EN EL MUSEO

convenció para que nos llevaran de regreso entre los cajones de mercadería. Finalmente pudimos completar un viaje que fue muy productivo.

Como esta hubo muchas jugosas anécdotas, como cuando nos sorprendió la nieve en nuestro viaje al Cerro El Manchao, a donde llegamos a lomo de mula. Pero siempre, a pesar de las dificultades que pudiéramos encontrar, nuestros viajes terminaban siendo muy fructíferos.

Por último, ¿cuán importante cree que es el rol de los museos en los tiempos que corren?

No sé mucho de museos, pero los hay de diversos temas. Todos hacen presente el ayer, cercano o distante, pero creo que todos van creciendo y se van beneficiando con la técnica, no solo aquellos que permiten disfrutar de una buena pintura, o en los que se pueda admirar un esqueleto de un dinosaurio. La técnica los acerca al hombre, sea por simple curiosidad o por conocer más estos importantes legados.



1. De izquierda a derecha Rosa Subils, José Amenábar, Alfredo Cocucci, Héctor Pascual Maldonado, Christa Mohn, Emil Di Fulvio.

2. Rosa Subils junto a Luis Ariza Espinar.